





# EL HOSPITAL DE LAS ALMAS

Humanos que no pueden morir sin  
aprender a amar



Raíza Díaz Suárez

EL HOSPITAL  
DE LAS ALMAS

Humanos que no pueden morir sin  
aprender a amar



Primera edición: marzo de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raiza Díaz Suárez

ISBN: 978-84-18097-92-8

ISBN digital: 978-84-18097-93-5

Depósito legal: M-5237-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi hija y a las pequeñas y grandes experiencias  
que me han permitido sentir amor.*





*Padecen el desamor todos los que aman.*



# PRIMERA PARTE



SANTIAGO DE CHILE, 1962



## Urana

Abro los ojos, y entre la tupida nubosidad que nubla mi visión, veo con esfuerzo la enorme culebra tatuada alrededor de mi brazo; la sigo hasta que encuentro mi puño agarrotado. Detallo que mi dedo índice tiene tatuada la mandíbula superior y el pulgar la mandíbula inferior de la serpiente; al abrir y cerrar mis dedos simulo la mordida del reptil y, al hacer este movimiento, veo la punta de un papel blanco. Abro de inmediato el puño y salta de la palma de mi mano el trozo de papel arrugado. ¡Brinco del susto! Y lo atrapo antes de que caiga al suelo y lo estiro cuidadosamente.

Extiendo el papel con dificultad y descubro un cuadrado exacto de aproximadamente cinco por cinco centímetros de superficie. El pulso me tiembla y mi visión es turbia, sin embargo, estoy segura de que contiene algo escrito. Trato de fijar la mirada y las letras se deforman, se desdoblán, se estiran, se difuminan. Incluso, creo ver que se borran, desaparecen por unos segundos y luego vuelven a aparecer. Frunzo los ojos lo más que puedo para enfocar el texto y, después de mucho esfuerzo para entender, puedo finalmente leer:

Busco, por decisión propia, encontrar la razón por la cual no puedo morir sin antes aprender a amar. Y juro por todos los siglos que no reniego por existir eternamente; sino por vivir sin amor.

Urana  
Santiago de Chile, 1737





Estoy muy perturbada, siento que me elevo entre las nubes, floto en el espacio y, al mismo tiempo, estoy aquí, sin poder recordar quién soy. No sé cómo llegué a este lugar y por qué tengo a esta serpiente dibujada en mi cuerpo. Veo una vez más el tatuaje y el estómago se me contrae, salivo exageradamente y las náuseas hacen que me retuerza. Estoy a punto de devolver cuando todo se detiene y la consciencia se entrega al único acto posible: expulsar lo que no puedo digerir.

Antes de vomitar cierro los ojos, oxígeno varias veces seguidas y logro tener nuevamente el control sobre mi cuerpo. Una vez estable, vuelvo a ver mi puño, me percató de que está rígido y muy apretado. Es muy posible que esté ocultando la nota. Respiro profundo una vez más y me incorporo de nuevo. La ansiedad se convierte automáticamente en miedo. Detallo la decoración típica de una habitación de asistencia médica, pero la instrumentaria es de más de cien años atrás. Identifico las jeringas de vidrio resistente a la temperatura para su esterilización y la cavidad cónica donde se ajusta la aguja de acero. Veo también las agujas de recambio, las sillas de metal, los armarios blancos... Respiro y, esta vez, inhalo más fuerte y profundo. Mi corazón se tranquiliza; pienso: «¡Recuerdo algo! ¡Recuerdo!». Y seguidamente, eufórica, digo en voz alta:

—¡Recuerdo que existen jeringas desechables, plásticas! —y susurrando digo— ¡Esta habitación pertenece a otro tiempo!

Spontáneamente, sonrío y concluyo:

—¡Si reconozco el pasado es porque conozco el futuro!

Me calma el hecho de estar segura de que existe el futuro. Lentamente, mi consciencia se aclara y es entonces cuando ubico mi cuerpo en el espacio de la habitación. Definitivamente, estoy acostada. Escucho un ruido curioso y me acomodo entre las sábanas para simular que estoy dormida; de nuevo vuelvo a sentir miedo y me tapo hasta la cabeza y dejo un pequeño orificio por donde puedo observar sin ser vista. Inquieta y con extrema precaución busco ver a través de la ranura, visualizo con claridad la ventanilla de la puerta batiente de doble hoja, pero no puedo ver otra cosa que la inscripción «saicnegrU». Espero a que alguien entre y, sin quitar la mirada de la extraña palabra, veo abrirse lentamente la hoja derecha de la puerta, hasta que irrumpe el cuerpo de un hombre calvo y con bata blanca. La inscripción queda a la altura de la cabeza del caballero al cruzar el marco y, antes de que la puerta se cierre por completo, puedo ver la inscripción al derecho; y leo:

—Urgencias.

Al darme cuenta de que estoy en urgencias, observo una vez más cada objeto que me rodea y vuelvo a concluir que la instrumentaria médica es de hace muchos años atrás; seguidamente, veo un viejo reloj blanco que marca la hora en meses y números que mecánicamente pasan; el mecanismo es sencillo. Escucho el leve sonido cuando cambia la lámina para dar la hora, entonces leo: «12:45 del 29 de agosto de 1962». Me miro cuidadosamente tratando de comprender por qué estoy aquí. Y vagamente recuerdo el año de mi nacimiento, 1978. Todavía mareada, pienso: «¡Imposible!».

Me asusto aún más cuando intento recordar por qué estoy en este lugar y no puedo. Me tranquilizo al traer a la memoria mi nombre, pero al pronunciarlo entro en pánico.

—¡¡Soy Urana!! —digo y aspiro profundamente, y repito de nuevo— ¡¡Soy Urana!!

Pero es imposible que haya escrito esto... Veo la nota y examino la delicada y perfecta caligrafía antigua, tan complicada de entender, y confirmo que en la parte inferior dice «Urana 1737»; me pregunto en silencio: «¿Cómo puedo explicarlo?».

Me levanto presurosa y busco sobre el escritorio lápiz y papel. Encuentro en el cajón lo que necesito. Al ver el folio tamaño carta no puedo resistir la tentación de recortar unos cuantos cuadritos dimensionados perfectamente en un tamaño exacto de cinco por cinco centímetros de superficie. Luego de terminar mis finos recortes, estiro la nota que encontré en mi puño y copio el texto. Constató que la letra de la nota no es igual a mi caligrafía. Nerviosa, busco en mi cuerpo hematomas, heridas o fracturas que den fe de haber padecido un accidente o de que sufrí un fuerte golpe que justifique la pérdida de memoria o la necesidad de estar recluida. Luego, observo los antiguos sellos colocados sobre el escritorio, uno al lado del otro. Tomo uno por el mango de madera y lo mojo de tinta en la almohadilla, lo timbro justo debajo de donde antes he reproducido la misteriosa nota que encontré en mi puño y leo: «Doctor Maximiliano Obregón. Especialista en diagnósticos del alma».

Me alarma lo que acabo de descubrir y busco sobre el escritorio cualquier pista que me ayude a entender en qué hospital me encuentro. Entonces, observo un cuaderno muy gordo que tiene como título *Notas Inéditas* y de subtítulo *Casos sobre pacientes que creen tener reminiscencias de vidas pasadas, «dobles caminantes»*.

Escucho voces en el pasillo; sigilosa, regreso a la cama para que no sospechen y me doy cuenta tarde de que he dejado copia de la nota de mi puño y letra sobre el escritorio y sellada con el timbre del Dr. Obregón; no puedo regresar a por ella porque el hombre calvo vuelve a entrar a la habitación. Me escondo debajo de las sábanas y continúo buscando alguna explicación; pienso: «No puedo recordar, no sé quién soy. Lo único que tengo y que no reconozco es este enorme tatuaje». En ese segundo se revela sutilmente la fuerza, la más poderosa de todas las fuerzas humanas, que para mí es el impulso de la iluminación.

La iluminación que dura un segundo y que la reconozco porque se presenta siempre ante mí y de la misma manera: un *flash* cegador que me permite decidir qué hacer sin saber por qué, y sé que

siempre esa decisión tiene el poder de cambiar definitivamente mi futuro. Estoy segura de que este segundo se repite eternamente en mi vida. Me levanto de la camilla como un rayo; empujo al hombre calvo y salgo corriendo. Miro el reloj y marca las doce cincuenta. Salgo del cubículo médico y me encuentro con un pasillo inmenso y con personas con camisas de fuerzas, sonámbulos; los esquivo y continuo corriendo aún más rápido. No me detengo, mi objetivo es salir del lugar. Una vez que estoy en la calle, mantengo el mismo ritmo hasta que me alejo; entonces volteo hacia atrás y leo: «Centro de Rehabilitación de Almas». Bajo la mirada y veo al calvo hombre que me persigue. La bata blanca lo delata aún en la distancia.

En ese mismo momento, siento mis pies y al verme me percató de que estoy sin zapatos. Me queda muy claro que la desgracia tomó mi cuerpo y que estoy viviendo exactamente el breve momento en el que parece no existir alternativa y dejo que todo suceda. Resignada ante la jugada del destino, todavía espero que salga el número premiado, o el dado caiga justo en el lado necesario para coronar la jugada perfecta: la que me permite escapar. Acepto que la vida nos obliga a jugar su misterioso juego, en el que el azar es tan importante como la destreza del participante frente al destino. Es así, exactamente, como lo acabo de vivir... Ese breve instante en donde el dado cae a mi favor y puedo correr aún más rápido...

Una vez que veo que estoy a salvo, me detengo exhausta y siento la respiración agitada y el corazón acelerado. Me convierto en una masa de carne, al fundir mi cuerpo con el resto de los transeúntes que pasean por la calle. Al observarlos percibo que ellos visten ropas de colores tristes, pantalones anticuados y me sorprende ver unas piernas que lucen una minifalda o una minifalda que luce unas piernas. También me fijo en algunos hombres que usan trajes corte americano y en unas pocas damas que portan con perfecta elegancia trajes chaqueta al estilo Chanel.

Detenida en la calle y desorientada, no encuentro qué hacer. Me miro de pie a cabeza y me veo hermosa. Detallo mi anatomía y me veo atlética, con perfectas formas y musculatura fuerte. La ropa

que uso es muy ceñida al cuerpo, no reconozco las fibras con las que está hecha, la siento como si fuera mi doble piel y cuando me muevo brilla con un efecto que semeja a la luz que producen las luciérnagas. La serpiente imponente nace en mi hombro y se extiende por el brazo como el feroz guardián de la muerte. ¡¡Me desconozco!! Y de inmediato me altero, escucho mi corazón palpar, pun, pun, pun; aturdida aún más, busco desesperada una vidriera o espejo en donde se proyecte mi imagen. ¡Necesito verme! Necesito saber quién soy. En ese momento, me detengo y aparece de nuevo el hombre calvo con su flamante bata blanca; viene velozmente hacia mí...

Escapo de él, me escabullo entre los pasillos de un mercadillo y me recluyo en un puesto de venta de sombreros. Me detengo justo frente a un espejo y veo la imagen de mi cuerpo reflejada, así como también veo la expresión de terror que me desfigura el rostro al descubrir que solo soy una chica pelirroja a punto de desaparecer. Mi cuerpo esquelético parece estar envuelto por mi piel seca. El exuberante tatuaje de serpiente adorna mi brazo frágil, los huesos sobresalen como puntas y el conjunto de la imagen es repugnante. Me siento atrapada por las miradas de todos los curiosos que me escudriñan. Se sienten atraídos como moscas por mi extremada delgadez y, simplemente, no pueden dejar de observarme. Para desviar su atención, me recluyo en mi pensamiento. Y para evadir lo incómodo que resulta huir de ellos, me cojo la cabeza con las manos y bajo el rostro hasta que quedo viendo el suelo; luego resguardo la cara entre las palmas de las manos y veo entre los dedos mis pies descalzos y, al frente, se detienen unos zapatos blancos. Subo la mirada y descubro al hombre calvo... y tengo una nueva revelación:

«Estoy condenada a muerte, incluso siendo inmortal. ¿Por qué no puedo amar? ¿Y no puedo amar sin morir? ¿Y por qué no puedo vivir sin amar? Considero que este es el peor maleficio que padezco, suponiendo que sea la suerte de un hechizo, ¿por qué yo, entre todos los mortales de la tierra?». Prefiero morir y pedirle a Dios, si es que existe, o a todos los dioses del universo, si es posi-

ble que me permitan olvidar todo lo vivido y volver a nacer para aprender a amarme.

Un relámpago en la base del cráneo deja en blanco mi memoria, vacía el cuerpo de cada una de mis experiencias y me conduce a la nada. Desde este lugar, que yo defino como «la no existencia», pienso una vez más: «Aún no logro recordar por qué estoy aquí». Confirмо que no tengo memoria de todo cuanto he vivido, y lo lamento, pero tampoco tengo capacidad para contabilizar el tiempo en el que he existido y mucho menos para recordar a todos los amigos y amigas, compañeros, familiares, hijos, hijas, amantes, maridos, concubinos y enamorados que he tenido, y lo lamento. Pero lamento mucho más haber olvidado a los que me han amado, y de todos mis lamentos, hay uno que considero insoportable: recordar a mi amor perdido. No puedo deshacerme de su fragancia; la que me despierta la memoria de los sentidos.

De inmediato, y tras mi último pensamiento, retomo el andar, mi respiración se normaliza y mi corazón mantiene su parsimonioso y sereno palpar. Al dar el primer paso, siento como me carcome la furia interior... El hombre calvo me tiene sujeta por el brazo y me obliga a caminar entre las personas. Forcejeo, lo empujo y aprovecho la confusión que se arma en la calle para zafarme y correr.

Apenas he avanzado unos cuantos metros cuando mi cuerpo se desvanece y por más que me empeño en seguir corriendo, no puedo. Siento que falla mi sistema motor y que algo modifica mis recuerdos. La cabeza me duele, estoy sobresaturada. Cierro los ojos y aparecen miles de puntitos de luz, brotan los recuerdos. Los abro y la imagen de la serpiente en el brazo me brinda la posibilidad de percibir sus colores y formas. El tatuaje no obedece a un dibujo común sobre la dermis; se ilumina desde el centro de los huesos hasta que el resplandor traspasa al exterior. No puedo creer lo que sucede.

Las personas me miran asustadas. Me desvanezco y, durante un segundo, hay oscuridad. Vuelvo en mí, y asustada percibo la luz del tatuaje. Nerviosa, toco el brazo, se apaga el resplandor de la serpiente y desaparece. No tengo tatuaje.